

GIORGIO LA PIRA, UN ALCALDE EJEMPLAR

Le llaman cariñosamente “*el alcalde santo de Florencia*”.

Nació en Pozzallo (Sicilia) en 1904. Fue catedrático, político y alcalde.

Quedó huérfano a los 10 años por lo cual tuvo que ingeniarse para ganarse la vida.

Era inteligente y, sobre todo, muy estudioso. A los 20 años era ya doctor en derecho.

A los 30 gana la cátedra de Derecho Romano en la Universidad de Florencia.

Como cristiano, igual que otros tantos compañeros, se opone a Mussolini.

Después de la II guerra mundial, entra en política dispuesto a aplicar el Evangelio. En una carta del 31 de agosto de 1946, escrita desde Trento, donde había llegado en compañía del matrimonio De Gasperi, La Pira revela el espíritu contemplativo con el que ha decidido participar en la vida política:

“He aquí, pensaba, mi verdadera posición “política”: estar cerca de los hombres que tienen la responsabilidad del poder, para desarrollar una función que ellos no tienen tiempo ni vocación de desarrollar: la de rezar, meditar, estudiar, consolar; en suma, ser una lámpara viva de interioridad, para dar, en el momento oportuno, aquellos reflejos de la verdad que sirvan para aclarar una situación, llevar apoyo y esperanza en circunstancias concretas.

Tengo la impresión de que estos recientes encuentros con De Gasperi tienen, en el plan de Dios, este sentido recóndito; estos hombres, tan ocupados desde el alba hasta el ocaso por las preocupaciones y presiones de tantos asuntos concretos, tienen también necesidad de un don de calma, de meditación y de paz; alguien debe ser también portador de este don; yo me siento llamado a desarrollar esta función”.

En 1946 es elegido como diputado por la Democracia Cristiana. A sí mismo, a sus compañeros y a todos sus posibles votantes no tiene inconveniente en revelarles su convicción más profunda:

“La política sólo tiene sentido si se pone al servicio de los pobres y de la paz”.

Y de esa convicción brotará como consecuencia un proyecto para construir la sociedad, una sociedad con raíces cristianas.

“Construir una sociedad cristianamente, significa precisamente construirla de tal modo que garantice a todos el trabajo, fundamento de la vida, y, con el trabajo, aquel mínimo de renta necesario para el “pan de cada día” (es decir alimento, vestido, vivienda, combustible, medicinas, para sí y para la propia familia)”.

En su proyecto de sociedad hay que defender siempre al ser humano. Esta será la clave de su fortaleza.

“¡Todo ser humano (todo hombre, en acto o en potencia, nacido o nascituro) es, por tanto, una piedra esencial en la edificación y solidez de esta única bóveda, y para la celeridad y progreso de este único dinamismo!

El aborto sustrae –con la extinción del ser del nascituro- una de estas piedras esenciales a la edificación de esta bóveda, uno de estos “golpes de remo” esenciales a la navegación de la barca lanzada hacia el “puerto escatológico” en el océano de la historia”.

En 1951 se presenta a alcalde de Florencia: será elegido en dos ocasiones. En su mente y en su corazón guarda un diseño de lo que, según él, debe ser la ciudad.

“La verdadera ciudad es aquella en la que los hombres tienen su casa y también Dios tiene la suya.”

“En una ciudad se necesita: una casa para amar; una fábrica para trabajar; una escuela para aprender; un hospital para curarse; un ayuntamiento para organizarse; una iglesia para rezar.”

El alcalde La Pira, orgulloso de su ciudad, la propone como modelo y explica las razones que avalan la ciudad auténtica.

“Dije una vez al príncipe heredero, allá en Marrakech, en Marruecos (había estado aquí, en Florencia, con su padre): ¿Sabe por qué Florencia es tan bella? Porque todas nuestras ciudades proceden de una matriz única: esta matriz única es la ciudad de Jerusalén. Tiene que verla. Yo la ví en el 53, junto a las otras pequeñas ciudades de Palestina. Aquélla es el molde de todas las ciudades medievales, cristianas y árabes. Debemos buscar una cosa: el misterio que hay detrás de las ciudades auténticas (no son, en realidad, muchas las ciudades auténticas en Europa, incluida Rusia). ¡Qué impresión me ha causado Kiev, por ejemplo, en la parte en que todavía conserva su estructura medieval! Y no es, en modo alguno, porque yo aspire al pasado, sino porque en el pasado arraiga el porvenir: como el fruto está siempre ligado a la raíz”.

Al entregar a los nuevos destinatarios la ciudad satélite del Isolotto, Le Pira les recuerda, citando a Péguy, que la ciudad del hombre *“es la imagen, principado y cuerpo de la ciudad de Dios”*.

“Amadla, por tanto, como se ama la casa destinada a nosotros y a nuestros hijos.

Cuidad en ella las plazas, jardines, calles, escuela; cuidar en ella, con amor, adornando con flores y luces, los tabernáculos de la Virgen, que en ella serán construidos; haced que la cara de esta ciudad vuestra esté siempre serena y limpia.

Haced, sobre todo, de ella el instrumento eficaz de vuestra vida en comunidad: sentiros, a través de ella, miembros de una misma familia; que no haya entre vosotros divisiones esenciales que turben la paz y la amistad; sino que la paz, la amistad, la cristiana fraternidad, florezcan en esta ciudad vuestra ¡como florece la aceituna en primavera! Cread también vosotros, en esta ciudad satélite, un foco de civilización: poned al servicio de los más altos ideales del hombre - ideales de santidad, de trabajo, de arte y de poesía- los talentos de los que vosotros sois ricos: haced que en esta ciudad satélite sea cultivada, para las generaciones futuras, una fecunda semilla de bien y cultura.

En una palabra, el alcalde de Florencia, brinda por la paz de sus ciudadanos mezclando lo humano y lo divino como en un cóctel maravilloso.

“El alcalde de Florencia, sin ser clerical, pero en el cumplimiento de su deber de alcalde, es decir, de depositario de una historia destinada al servicio de los pueblos, cree que la unidad de la Iglesia es la condición para la unidad del mundo y para la paz de los pueblos. Entonces tiene el deber de colaborar, en su puesto y con todos los talentos que tiene a su disposición, en esta prospectiva”.

Vive austeramente en una celda del convento San Marcos de los Dominicos. Mientras tanto se preocupa de construir viviendas y de promover puestos de trabajo para los obreros. Convierte en cooperativas varias fábricas que iban a cerrar. El acercamiento a la pobreza de los hombres supone para él una revelación.

“Yo no había comprendido nunca qué significaba el paro... ¡Qué revelación! Si no se hacen descubrimientos no se hace nada: pasas a su lado y ni te das cuenta.

Es como un turista que llega a Florencia y pasa junto al Baptisterio. Somos unos turistas: se pasa junto al paro y no se sabe qué cosa es el paro. Pasas junto a uno que no tiene casa y tú no sabes qué es una vivienda, no lo has descubierto. Así yo, había pasado junto a tantas cosas, incluido el trabajo, pero no lo había comprendido. Lo entendí cuando fui allí: entonces comprendí qué cosa es el valor profundo del trabajo y, por tanto, del paro”.

Un momento de gracia en su vida. Viéndole con tantos problemas como alcalde, un amigo le sugiere retirarse a su cátedra y a sus libros. El alcalde le responde:

“Cuando estemos delante de Dios, ¿qué nos dirá?: Ven aquí pequeño La Pira - y él se hará todavía más pequeño de lo que es-, acércate. Tengo la impresión de conocerte. Había dispuesto las cosas de modo que tú llegases a ser en la tierra alcalde de Florencia. Dime, ¿a cuántas familias has dado un techo?, ¿a cuántos obreros has dado trabajo?, ¿a cuántos viejos un lecho para morir en paz?, ¿a cuántos niños una escuela para aprender? Esto es lo que me dirá. Estate tranquilo que Dios no me dirá nada sobre mis libros, ni sobre mis discursos...”

La Pira organiza en Florencia los “*Coloquios por la paz y la civilización cristiana*”.

Pongamos un ejemplo de esta actividad. Para un diálogo sereno sobre la esperanza teologal y humana conviene recordar algunas conclusiones del *IV Congreso para la paz y la civilización cristiana*, reunido en Florencia del 19 al 25 de junio de 1955, y presidido por Giorgio La Pira:

1º - La esperanza religiosa de una vida futura, que nace de la esperanza teologal, es una exigencia esencial del alma humana. Toda sociedad que ponga obstáculos a esta esperanza, mutila al hombre y se opone a su verdadera dicha. Sin la esperanza en Dios, las esperanzas humanas son vaciadas de su sustancia y se transforman en ídolos.

2º - Por otra parte, la esperanza religiosa que domina a cada esperanza temporal debe expresarse a través de la esperanza humana. Por no haber comprendido esto, muchos hombres de nuestro tiempo no han logrado establecer una relación estrecha entre su fe y sus deberes humanos. La caridad es la piedra de toque de la religión verdadera y, en el mundo moderno, debe expresarse igualmente en el plano de las instituciones.

3º - La Esperanza es la esperanza de los pobres. Con frecuencia, carecemos de esperanza porque no participamos en los sufrimientos de los pobres. Ahora bien, se debe considerar como pobres a todos aquellos que actualmente no pueden realizar sus legítimas aspiraciones: libertad, trabajo, cultura. La caridad consiste en compartir las esperanzas de estos pobres, aunque esto hubiera de costarnos el sacrificio de ciertos intereses egoístas.

6º - Nuestro tiempo es un tiempo de esperanza. Tenemos confianza en el porvenir de la humanidad, y pensamos que Dios puede hacer surgir civilizaciones todavía más bellas que las del pasado. Pero todo esto no puede ser el resultado de una evolución exclusivamente económica. Nuestra esperanza debe manifestarse en el obstinado combate a favor de la paz y la justicia, contra el poder de la muerte y del egoísmo siempre presentes en el corazón de los hombres.

Por su prestigio, que traspasa los límites de Florencia y de Italia, se convierte en un “*peregrino de la paz*”. Visita Moscú, y allí habla, al Soviet Supremo, de la paz y de la oración. No tiene ningún complejo al dirigirse al Soviet Supremo, en Moscú, en 1959, de esta manera:

“He decidido crear un puente de oración entre occidente y oriente para construir la paz. Como todo puente tiene dos pilones, he estado en Fátima, donde la Virgen ha prometido la paz, y anteaer he estado en vuestro monasterio de Zagrosk para rezar sobre la tumba de san Sergio... Señores, la religión es un hecho popular. Vosotros, tan realistas, lo podéis comprobar... Los valores religiosos son un tejido que une y que lleva a la paz y a la unidad.”

El alcalde de Florencia envió a Kruschew en otoño del 61, un mensaje sobre la guerra fría. En su cuerpo central se lee:

“1) Estamos ya sobre la cresta apocalíptica de la historia: en una vertiente está la destrucción de la tierra y de toda la familia de pueblos que la habitan; en la otra vertiente está el milenario florecimiento cargado de paz, de civilización, fraternidad y belleza; el florecimiento profético de los “mil años” vislumbrado por Isaías y San Juan; los gobernantes de toda la tierra están hoy llamados a tomar esta elección suprema, otra elección no hay: ¡tertium non datur!

2) Para ir hacia la vertiente del florecimiento es necesario aceptar el método indicado por el Profeta Isaías: transformar los cañones en arados y los misiles y bombas en aeronaves, y no “ejercitarse más con las armas”, no matar, sino amar.

3) Esto exige una revisión general de los fines y métodos de la teoría y de la acción política: exige el abandono –que ya ha fracasado- de la metodología teórica y práctica del maquiavelismo y la asunción de la única metodología y práctica verdaderamente constructiva sobre la tierra y en el cielo: la del Evangelio “ama al otro pueblo como al tuyo”.

Sigue visitando Londres, Belgrado, Estados Unidos... En 1965, visita a Ho Chi Minh durante la guerra del Vietnam.

En toda la vorágine de su vida pública, la oración era primordial para él.

“No estamos solos. Dios está ahí. Dios es el gran artesano de la historia. Dios es todopoderoso y Dios nos ama. ¿Por qué tener miedo? ¿Por qué no ir decididamente adelante? ... ¿Mi secreto? Helo ahí: la oración.”

Su vida se sostiene con la oración más sublime y más eficaz: la Eucaristía.

“El cristianismo se resume en la Eucaristía... Así se edifica el Cuerpo de Cristo, el pueblo cristiano, la ciudad de Dios y, según su modelo, la ciudad humana... La Eucaristía organiza el pueblo del Señor, edifica las ciudades, las naciones y la civilización.”

Escribió cientos de cartas a los conventos de contemplativas cuya oración movilizó.

Hacia fines de 1976 se le descubre una grave enfermedad y fallece el 5 de noviembre de 1977. La Iglesia le ha abierto el proceso de beatificación.

Pongamos fin a su semblanza con palabras que le muestran a las claras como creyente y como cristiano.

“La historia de la Iglesia y de las naciones avanza: ¿hacia dónde? Ciertamente, en última instancia, hacia el desembarco eterno y celestial, hacia la Ciudad celeste; hacia los nuevos cielos y las nuevas tierras; hacia la Ciudad de los resucitados, hacia la Nueva Jerusalén (Apoc. 21, 1 ss.; 22, 1 ss.); esto es verdad, pero es además verdad que, antes de este final desembarco eterno, hay un desembarco final histórico en el tiempo (Apoc. 20, 1 ss.); la historia de la Iglesia y del mundo avanza, por tanto, también hacia este desembarco, hacia este puerto en que encontramos gracia, unidad, civilización, ¡paz para todos los pueblos y naciones del mundo!”

“Aceptad la piedra angular de toda construcción civilizada del mundo, volved con nosotros al vasto y articulado y variado sistema de la única civilización humana y cristiana, ayudémonos todos en la solución de aquellos problemas del trabajo y de la dignidad social del hombre, que son problemas tan sagrados y para cuya solución es tan esencial la solidaridad inteligente y activa de cada uno y de todos.

Venid: el mundo libre os espera fraternalmente: juntos podemos construir de verdad, con la ayuda de Dios, un mundo fraterno y más feliz”.

El 8 noviembre 2004, en el marco de la celebración del centenario del nacimiento de Giorgio La Pira, Juan Pablo II subrayó su compromiso civil y político, fruto de la oración y la contemplación, así como sus «*intuiciones premonitorias*» respecto al «*camino de la Iglesia y del mundo*».

En el mensaje, leído el 5 de noviembre previo, en el curso de una solemne concelebración en la catedral de Florencia, el Santo Padre alabó las «*grandes energías intelectuales y morales, potenciadas y afinadas en el ejercicio diario del estudio, la reflexión, la ascesis y la oración*».

Florentino Gutiérrez. Sacerdote
www.semillacristiana.com

Salamanca, 22 de agosto de 2012